

## DERROTERO HISTORICO DE ANTIOQUIA

Discurso pronunciado con motivo del cuatricentenario de la fundación de la ciudad.

Por LUIS LÓPEZ DE MESA

Los españoles que llegaron al descubrimiento y nuevo poblamiento de la entonces futura región antioqueña, tuvieron que vencer dificultades que a otros hubieran derrotado o afligido al menos. Todo este mundo americano tiene su línea de emergencia orográfica al occidente, en su contacto, y casi choque, pudiéramos decir, con la inmensa mole oceánica del Mar del Sur, que parece represar la tierra y hacerla encrespase en altas y numerosas cumbres; mas fue aquí donde se hizo más abrupto y arriscado el suelo, al juntar en una como ebullición de cimas las cordilleras central y occidental de nuestros Andes: Antioquia comienza al sur donde el río Cauca se estrangula en los contrafuertes de una y otra, y concluye donde vuelve a reposar sus aguas en la atlántica planicie. A oriente y occidente el Yuma o gran río de La Magdalena y el sosegado río del Darién, Atrato o Nive, reflejan la dilatada crestería de sus montes.

Por eso las escasas huestes del mariscal Robledo que entraron por el sur, y las de Badillo, César y Gómez Fernández, que al noroeste abordaron la serranía de Abibe, sufrieron tanto que en ésta los brazos de los hombres, mediante cables adecuados a ello improvisadamente, tuvieron que servir de grúas para bajar sus caballerías por frecuentes intransitables precipicios. ¿Cómo pues formóse un pueblo aquí y pudo luego prosperar su estirpe?

Sin pretender adjetivar totalmente la índole de las naciones al ambiente geofísico en que nacen, no puedo menos que relevar su influjo en este caso de Antioquia, pues el vigoroso núcleo katóo de población aborígen que en ella hallaron los españoles, ya tenía muchos de los caracteres que hoy distinguen a los sucesores suyos de otra raza: ya negociaban textiles y oro; renegaban de caudillos militares y de toda organización guerrera en los tiempos de paz, y sólo los admitían en épocas de lucha; amaban el hogar y de él cuidaban mucho, corrigiendo el despotismo marital, peculiar de los indios, con una mayor consideración de la esposa y sus atribuciones domésticas que, como ahora ocurre, la exaltaban y aún en ello hacían

preeminente, a lo cual correspondía a su turno la mujer con cierta mayor prestancia social suya, ora en el aspecto físico, ora en la aptitud moral para las empresas peculiares de su misión. Y eran —¡ya entonces!— andariegos y buenos *contractantes*, como dice el cronista, harto habladores, fanfarrones aún e imaginativos.

Este su hogar defendían mucho y con despejado ingenio lo abrigan en palafitos, o mejor, en *epidendritos*, pues no sólo levantaban sus casas sobre estacones que las pusieran a cubierto de la inundación (por allí frecuente), sino que las construían sobre árboles vivos, y el conjunto de ellas defendían con palenques: instinto hogareño que siempre ha conservado el pueblo de Antioquia.

De Antioquia katía, sobre todo, pues las otras razas aborígenes que hubo en el territorio de este departamento no tuvieron tales virtudes así destacadamente, porque se dice que no fueron tan estrategas las valerosas del sur, como armados, carrapas y pozos; ni tan osados los nutabes salineros y agricultores, ni los traficantes yamesíes del centro y el oriente de esta tierra.

Cuando los españoles se presentan, el nutabe sureño, desconcertado hasta la angustia, se ahorca de las ramas de sus árboles frutales, por no ver a estos barbados guerreros, cuya misión no entiende ni intenta descifrar. En cambio, el katío jactancioso los saluda con respeto, “porque *casi* se muestran como él, aguerridos y valientes”.

Y luégo, ya vencidos en lucha de asedio tenaz, en que desplegaron ingeniosos recursos de atrincheramiento, cuales sólo de razas superiores eran de suponer, pactan, con un sentido común, civilizado asimismo, la paz, y el pacto cumplen muy sensatamente.

Con el correr de los siglos esta conducta guerrera vese también en los nuevos pobladores de Antioquia: porque son adictos a la paz, y cuando les es forzoso ir a los combates, eligen un patriarca de los suyos director de guerra, ora se llame don Juan del Corral, don Braulio Henao, don Cosme Marulanda, el doctor Pedro Justo Berrío, el doctor Marceliano Vélez, Pedro Nel Ospina o Carlos E. Restrepo, los que, vencidos o vencedores, regresan luégo sin ufanías de laurel y muy campechanamente a sus bíblicos hogares y agro estéril. En ninguno de ellos se da el tipo caudillesco de nuestras democracias, pues no combaten para encumbrar su nombre encima de leyes y gobiernos, sino en defensa, equivocadamente o no, de instituciones familiares, sociales, religiosas o civiles, a que ellos y su pueblo adhieren con fervor inextinguible. Así se revela en Rafael Uribe Uribe, el único gran caudillo partidario que produjo nuestra casa, pues no podría llamársele ni buen militar ni guerrero hábil, sino lidiador, y lidiador que junta sus huestes en predio ajeno, como de los otros ya dije, combate en otra zona, guarda pulcras e ilesas las más nobles virtudes del hogar, y se mueve en un plano supremo de doctrinas eminentes.

La similitud aparece también en las excepciones: dos mozos hay en la una y en la otra época que marcan historia de heroísmo, uno y otro acuñando un reto de combate, sin par talvez en su arrogancia exótica: aquel que dijo el joven general neogranadino en la alta

meseta de Ayacucho, cuando al lado del egregio Sucre selló la independencia americana con una victoria inverosímil, y el que tres centurias antes lanzó el cacique Toné al rostro de las huestes conquistadoras desde la cumbre de un monte que domina las plácidas vegas del Penderisco, del lado occidental de Antioquia, cuando le intimaron rendir las armas con que defendía el fuero de los suyos y su honor de gobernante y jefe: "¡Dejaremos las armas de las manos para ponéros las en la cabeza!"

No de otra manera hablaría Héctor desde los muros de Ilión, y no de otra manera que él combatió el héroe katío desde el hábilmente atrincherado campo de su lucha, donde se hizo fuerte con un arte de guerra superior a la común mentalidad de su estirpe aborigen, y desde donde estuvo a punto de llevar a la desesperación, la desolación y el vencimiento a sus aguerridos invasores, durante días, durante semanas y meses de recia lid impávida.

Y así fue bellamente iluminado el crepúsculo de esta gente katía, antecesora legítima, y antepasada en parte, del pueblo antioqueño. El viejo párroco de Tunja de este modo la nombra y describe:

Y aquesta de Catía, más serrana,  
es en común (demás de ser valiente)  
nación ingeniosa, bien vestida,  
y que vive con peso y con medida.

En oro y mantas crecen sus caudales  
con gran primor labradas y tejidas;  
raíces es el pan cotidiano,  
porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contratantes,  
y es de oro tan grande la ganancia,  
de tierras más viciosas y abundantes  
se lo suelen traer en abundancia.

Son bárbaros de miembros elegantes  
y bravo denuedo y arrogancia,  
honestísimas todas las mujeres,  
gallardas y de bellos pareceres.

Pueblo caribe, de lengua aglutinante y pobre aún, emparentada talvez con las del grupo polinésico, como el kamzá de la Amazonia, que estudia nuestro máximo lingüista contemporáneo, diferente del huitoto, rico en verbo y en sintaxis, diferente del chibcha que casi le rodea en un paréntesis territorial, no tan dulcemente eufónica como el panche y el pijao del alto Magdalena (cual lo sugieren sus topónimos Amaime, Combeima y Dulima; Doima, Anapoima y Nimaima, por ejemplo), vive todavía y sella con abundantes voces aquella región antioqueña, cadenciosas a veces, como Abibe, Darién (?), Dabaibe, o agudamente sonoras como el nombre de sus ríos. Los vascos que la estudian hallan en ella similitudes casuales, de fonética

talvez y un poco en la estructura, con el éuskaro, como si el destino quisiera conjugar las dos naciones, ya que de vascuences se formó luégo en mucha parte la gente antioqueña.

Coincidencias de la historia que a estos vascongados trae a sierras y altos montes como los suyos, donde prospera el roble que ellos aman y es símbolo de su nación y escudo de la nuéstra, donde funda ciudades quien así se nombra, robledal o *Robledo*, casado con una Carvajal, que robledal asimismo significa, y a quien siguen en tal nombre Martín de Robledo, el primer capellán que pisó la tierra katía, Mencía de Carvajal, de las primeras españolas que la poblaron, Robledo y Ferraro, el máximo erudito suyo en la Colonia, y otros muchos varones ilustres que antes y hoy día fueron y sonpreciado timbre de su orgullo, y aquí seguirá ese roble dando materia prima perdurable a las edificaciones, motivo de canto a los poetas, lumbre a la sabiduría y símil a la fortaleza y constancia de las nuevas generaciones.

En muchas circunstancias de la conquista, Antioquia fue más afortunada que otras regiones del país, y en la discreta esfera de su entidad esa iniciación de su vida le marcó preciados rumbos.

Tengo para mí que la personalidad de Robledo, sin haber alcanzado la magnitud de empresas de Belalcázar, es virtualmente superior a la de este audaz conquistador y egregio fundador de ciudades, más culto, más altivo, más señor en algunas modalidades de ser y de conducta.

Gaspar de Rodas no puede compararse con Jiménez de Quesada en ilustración y hazañas, ni en la dilatada obra de conquista que éste tuvo, pero sí fue hombre de más consejo práctico y mejor administrador político también.

Francisco César es émulo afortunado de aquel Lázaro Fonte de la conquista cundinamarquesa, y merece muy exaltado elogio de su persona y de sus hechos; y aún Valdivia, al enloquecer por los motivos que le perturbaron, demuestra un impresionante aspecto de su índole.

Las primeras mujeres españolas e hispanoantioqueñas que por acá hubo, tuvieron una personalidad vigorosa que merece cita de encomio.

Los mismos cronistas que a esta región le dedicaron más espacio de sus labores, Sardela, digamos, y el amable Cieza de León, tenían cierto don de objetividad que los hace más instructivos ahora, no obstante la ingenuidad de los tiempos que los movía, como a este último principalmente, a entrometer al demonio y sus artilugios en todo cuanto eran, obraban y decían nuestros pobres aborígenes.

Luégo surge en nuestra historia el segundo poblamiento. Y no se llamará katía la nación que nace de él, sino Antioquia. El orgulloso mariscal había de tener inclinaciones a la erudición histórica y nombres de leyenda, pues por el sur dejó asentada una colonia que denominó Cartago, y aquí establece esta otra, que recuerda la majestuosa urbe del Orontes, conjunción de Grecia, Roma e Israel, como

habríamos de ser nosotros en pálida semblanza de cultura y tradiciones.

Entonces por España se decía Antioquia, así grave como pronunciamos nosotros la nuestra, y aún se escribía Antiocha, para dar ocasión propicia a mucha divagación sobre alguna etimología aborigen.

(No importa que disertemos un tanto en rededor de estas que-rencias de familia, de estas dulces evocaciones de nuestros grandes abuelos: horas habrá para entender de las rudas imposiciones de la vida y aún para la grave lucubración de problemas abstrusos; reposemos un instante ahora en este fuero bondadoso de la intimidad).

Pues ello es que aquel egregio mariscal nos marcó un destino sin anteverlo talvez, con sólo dar gracioso pábulo a su imaginación de lecturas infantiles quizás o de fugaces pláticas hogareñas. Porque este nombre de Antioquía repone a nuestra gente en su leve vínculo oriental y un sí es no es la retrotrae o retrolleva a lo semítico que por Arabia y Palestina le haya dado su otro abuelo el andaluz, tan notorio en ciertos rasgos de su caracteriología, de su religiosidad y de su misma somática estructura. No que tenga en su prosapia más abolengos abrahamitas que las de otras regiones de Colombia o de América, sino que creciendo aquí en estrecho y cercado recinto, acendró y reforzó selectivamente aquellos caracteres.

¿Romanticismo del fundador? ¿Donativo generoso del azar? ¿Coincidencia solamente? No importa; ello es que aquella Antioquía del Orontes entrañó grandes rumbos del espíritu y abundantemente merecía el ser madre de tan, para sí misma, remoto núcleo humano. Con Alejandría se disputa el segundo puesto de la expansión cultural grecomacedónica, y con Roma imperial el primero de la expansión cristiana: porque no sería descabellado ni descabalado históricamente decir, como diré, que si Jesús murió en Jerusalén, Cristo nació en Antioquía y el Redentor triunfó en Roma, de que surge en síntesis la clara visión del puesto preeminente de aquella urbe madre de nuestra madre urbe.

Por otro aspecto, y prosiguiendo hacia mayor hondura este tono confidencial, llegamos al viejo propósito insoluto de averiguar y desentrañar lo que de suyo significa este nombre de Antioquia o Antioquía.

Con decir ciudad de Antíoco nada habremos adelantado, si no es el rememorar a su macedónico fundador. El mismo *Antíoco* nos recuerda que en el Atica hubo una *gens* o *phyle* denominada *Antiochys-Antiochydos*, a que pertenecieron hombres de la inmensa significación histórica de Pericles y de Sócrates, y de Platón talvez, pues éste estaba con aquél lejanamente emparentado, por manera que siguiendo la índole desinencial de los respectivos idiomas, antioquides, antioquenses y antioqueños ha habido en el mundo desde cosa así como tres mil años.

Pero ya que Antioquia nos viene directa y genitivamente de Antíoco, he intentado desentrañar de este nombre el posible signi-

ficado de aquél, y así, descomponiéndolo en sus raíces, hallamos: *Anti-okhos*, *Anti-okheo*, o sea el que "dirige contra". Ahora bien, *dirigir contra* es acometer, de que deduzco que Antioquia puede interpretarse como *la que acomete*, o *la acometedora*, harto en concordancia con su destino histórico de pueblo emprendedor, colonizador, inquiridor y audaz.

Un recóndito matiz de conducción con impulso existe, en aquel *okheo*, en aquel *dirigir*, que amplía su sentido guerrero y le coloca en el empresario más bien, y así tropezamos con otra modalidad coincidente y la descubrimos: Antioquia no es guerrera, ni lo fue nunca, según lo dije antes, pero sí emprendedora en varios rumbos. Ya desde el katio aborigen lo hallamos perceptible, pues que los tainos diferenciaban a las tribus indígenas en belicosas, o sea *karibes* y *kattias*, o de bonanza en el vivir y el comerciar, como esta que demoraba, y en leve parte aún demora, entre el Atrato inferior y el Cauca medio. Y lo confirmamos repitiendo cómo, desde la hora inicial de la Independencia, el antioqueño elude el guerrear en casa, y si a guerra va por un momento, la hace en territorio aldeaño, con que protege instintivamente la estabilidad de lo suyo, de su hogar, sobre todo.

Y fundaron los conquistadores una ciudad, ciudad de asiento peregrino como la vida de peregrinación frecuente que habían luego de llevar sus hijos.

Una ciudad y no aldea al modo árabe, ni burgo al modo germano, ni puebla o pueblo, casar, caserío o casería de los castellanos, ni siquiera una *villa*, como el italiano y el francés nos enseñaron a decir. Y tampoco la llamaron *urbe*. A diez o doce casas pajizas en torno de una ficción de plaza, un cobertizo por iglesia y otro para hogar del Ayuntamiento, a esto llamaron ciudad y dieron engollilladas y numerosas autoridades.

Y tenían razón, sin saber mucho de ello en sus intuitivas aplicaciones: *urbe* no, porque es, según su sánscrita etimología, la que se amuralla defensivamente, la murada para el combate, y ellos la querían abierta a ideales superiores. Ni *villa* tampoco, que villa está emparentada con *veho*, *vectum*, *vehere*, con divagar y vagabundo, y ellas la proyectaban de estable fundamento civil e inmutables normas.

Venían de un mundo aherrojado, y ansiaban instintivamente las amplitudes de un nuevo mundo en libertad y liberalidad. Ciudad, entonces, era como debía llamarse esta fundación, esta objetivación de sus anhelos. Ciudad, es decir, asiento de ciudadanos, de hombres libres; civilidad, dignidad, civilización, naturaleza y fuerza del espíritu. Ciudad, hermana de *caput*, cabeza, y de *capacidad*, civil; hermana de *vir vires*, fuerza, y de *fis* (sánscrito), *fisis* (griego), naturaleza activa. Ciudad con prerrogativas y derechos, con democracia en su cabildo, o "concilio de ciudadanos", que esto significa también; con alférez real que la vincule a la estructura genérica del reino y atributos legales de la corona, ciertamente, pero con alcaldes y jueces de su libre elección y de su fuero libre igualmente.

Y así la fundaron los conquistadores y así la heredamos de nuestros abuelos, esta Antioquia katía, esta Antioquia del Tonusco.

Habían surcado el mar incógnito, esguazado ríos gigantes, horadado el silencio de las selvas, tramontado cumbres al parecer inaccesibles, y orillado abismos de muerte, agrandando el mundo de los hombres y el imperio de sus monarcas con cada paso que daban sus pies hacia adelante. En el Viejo Mundo tenían que pedirlo todo a la merced de sus señores, y aquí ellos eran los creadores y dispensadores de bienes y de glorias: su personalidad aparecía en la penumbra de sus mentes como otro nuevo mundo en histórica epifanía, la personalidad que la soledad de América les revelaba en ese vencer cotidiano de la sed y el hambre, de la enfermedad y las heridas; en ese verse a sí mismos solos y potentes, el menor de ayer, capitán de hoy, el de prosapia humilde, vicerrey ahora.

Y por delante la rosa de los vientos para escoger libérrimamente un rumbo. La inmensidad y la voluntad frente a frente, engendrando la una aquella personalidad y la otra engendrando la libertad del yo. La inmensidad y la voluntad chocando fuera y dentro del espíritu del hombre para enseñarle, y enseñarle para siempre, que la superioridad es apenas un ordenamiento social de jerarquías y no una categoría de esencias diferentes, por donde personalidad y libertad desembocaron al fin en esta democracia de América.

De ahí que fundaran ciudad, cabeza, civilidad, capacidad y civilización. Porque eran *fisis*, fuerza conductora, naturaleza activa, ciudadanos de un nuevo mundo espiritual al lado de ese otro mundo nuevo de la planetaria geografía de entonces.

Y durmióse luego la prole en un sopor de siglos, mientras conjugábanse en su sangre la nueva raza, el nuevo ambiente y el nuevo espíritu. Al milagro de la conquista de tan remoto y arrugado suelo sucedió el milagro de la perduración de los ideales. Medio siglo más tarde aún no eran diez mil colonos los que vegetaban aquí silenciosamente en ochenta mil kilómetros cuadrados de superficie, apartados del mundo cultural por un cinturón impracticable de selva virgen y de abruptos montes. Tres centurias después apenas llegaban a cien mil, y ya eran libres, ambiciosos de crearse una historia independiente y una civilización.

¿Cómo fue para no morir la parva semilla de cultura que trajeron, en aquel prolongado aislamiento y vegetativo sopor? Yo no sé sino que esa fue la segunda hazaña de mi gente.

Y no una hazaña cualquiera: de entre las breñas fueron brotando hombres de sabiduría ejemplar que adoctrinaron aún en más orgulloso ambiente; nuevas ciudades para la república, templos para el Dios tutelar de sus mayores y una sociedad de modales exquisitos que todavía retiene en esta vieja urbe la prestancia de otra edad y su prestigio. Aún en ella, como en la antigua Santafé capital, como en la Cartagena legendaria, como en Popayán la ilustre y en la Mompos que el infortunio azota, perdura socialmente la plácida cortesanía de edades añejas, con el acento tropical *dejativo* de su idioma, la

dulcedumbre invicta de los afectos y la hospitalidad fraterna del saludo.

Y poco a poco la cepa racial española fue multiplicándose y asimilando así, en sangre y en cultura, las aportaciones étnicas de otro origen.

Sorprende en la contemplación de este fenómeno de fusión social la escasa supervivencia del elemento aborigen, que no parece sino que hubiese sido escaso, ya que por el año de 1600 la población empadronada del futuro departamento de Antioquia, las tres razas inclusive, sólo monta a unos diez mil habitantes. ¿Qué fue de las tribus de la hoya del Cauca y sus laderas, de las del Porce y las suyas, de las que demoraban, en fin, hacia el Magdalena, por el oriente? Un silencio de extinción se advierte en ello. El suelo antioqueño de las serranías, mesetas y altos vallecitos de sus cordilleras, no es ni fue nunca suficientemente vegetativo para el sostenimiento de una población de tipo cultural rudimentario: ni la papa, ni el maíz, ni el plátano y la yuca aparecen como base de sustentación de aquellas tribus, ni tampoco la pesca fácil que a otras favoreció en la orilla de nuestros magnos ríos. Llegados a la tristeza moral del vencimiento, el colapso biológico se impuso luégo deletéreamente y se extinguieron en la penumbra de un silencio racial. Apenas si el observador desprevenido descubre hoy aquí o allá, en los flancos de la Cordillera Occidental o en algunos recodos de la Central, huellas del tipo aborigen.

Hecho extraño sin duda, ya que por estas breñas de nuestro país colombiano no hubo la crueldad de las encomiendas y minerías, de los tributos exagerados y de la servidumbre agobiadora, que en otros sitios del virreinato diezmó, quintó y aún eliminó la pobre gente indígena.

No así ocurrió al forzado inmigrante negro: él sí fuese reproduciendo con los suyos, mezclándose con el blanco de las capas sociales inferiores, dispersándose, en fin, paso a paso por la red hidrográfica de nuestros ríos mayores, en busca de su calor tropical, y remontando luégo, más o menos amulatado ya, hacia los centros mejor asociados del país, donde ahora impone a veces algunas de las buenas y malas cualidades de su índole.

Así lo digo, pensándolo parsimoniosamente, a impulsos de una en mí inveterada preocupación: que pues no puedo adscribir a la mera lucha vital económica un decaecimiento de las grandes normas de conducta patriarcal de nuestros mayores, sin poner en juego también la alegre despreocupación y el alboroto pasional que en algunos de esta mezcla menoscaban la severidad del comportamiento; lo que no obsta para reconocer, en general, el mérito insigne de su esfuerzo por superarse socialmente, por asimilar una cultura intelectual ilustre o vencer la enemiga naturaleza en arduo esfuerzo económico, heroico a veces, contra el doble lastre de la incuria tropical de su antepasado el negro y la instintiva resistencia social de su ante-



pasado el blanco, por lo que pienso con aplauso ferviente en aquellos de esta índole que honraron antes y honran hoy con su buen saber y su conducta incólume la historia antioqueña y la historia nacional. ¿Ni cómo podríamos pretender que el hombre de color, salido de milenaria inferioridad y amargo destino, súbito volase a la cumbre moral de las más disciplinadas culturas del orbe? Por fortuna, en Antioquia fue siempre bondadosa y leal la convivencia de los tres grupos raciales, y así, en la familia patriarcal antioqueña, ante el respectivo gobierno civil provinciano y en el seno de la religión común, vivieron vida de caridad y noble entendimiento, hasta bajar los unos al afecto de los otros y éstos subir a la estimación de aquéllos, modelándose unos y otros en un carácter unívoco, que es hoy día el muy definido ya carácter antioqueño.

Un paso más de nivelación por lo alto y habremos formado un gran pueblo, de la buena miga que iniciaron nuestros mayores en medio de dificultades inverosímiles.

Porque es alegre y saludable al corazón la gratitud. ¿Quién de nosotros no mira con ternura filial la memoria de aquellos que más destacadamente plasmaron la corporeidad de nuestra patria chica, ni quién, en más enhiesta cumbre, podría olvidar a quienes por modo augusto espiritualizaron culturalmente nuestra stirpe?

Cuerpo y vida le dieron su querido mariscal fundador y ese de Rodas, empresario insigne, que tomaron asiento; cuerpo y vida le dio también aquel otro hispano, malhumorado y regañón, pero audaz en la visión económica, y en toda otra modalidad de gobierno muy activo, el Mon y Velarde de las postrimerías coloniales, que nos sacó de los tres o cuatro núcleos del agrupamiento primitivo para extender la raza por las amplias ondulaciones de la Cordillera Central.

Un silencio de tres siglos vivió la población antioqueña mientras crecía un poco y dominaba el arriscado suelo que le cupo en suerte. Las lomas vecinas a esta ciudad, capitana entonces, ciudad de alma y fueros, no de poderío, y orgullosas magnitudes, áridas eran como lo son ahora; la angosta margen del Tonusco apenas si podía abastecer de algunos mantenimientos elementales su propio distrito; la graciosa planicie de enfrente que limita con Sopetrán y San Jerónimo de los Cedros, carecía de una agricultura técnica y de los pastos generosos que hoy visten las dehesas de ganado, y nunca fue, tampoco, ampliamente fecunda.

Era pues ineludible en parte seguir tras el ensalmo embaucador de la minería, de la que un día da y otro despoja, pero que uno y otro día, uniformemente, el suelo y la salud destruye. Y así, en tenaz persecución de vetas cordilleranas y de fluviales aluviones, fuese extendiendo nuestra gente y haciendo surgir, de entre selvas y riscos, nuevos poblados y ciudades incipientes, hasta la linde de su demarcación provincial.

Sólo en el vecino valle de Aburrá buscó y creyó ver un ensueño de prosperidad agrícola, y a él fuese ávidamente. No era mucha tampoco la feracidad del nuevo asiento, mas sí bastante para con

ella y su más bondadoso clima disputarle luego la primacía y la preeminencia, hasta dejarla muda y triste al pie de un bello Cauca inútil.

Ciudad peregrina como su gente. Ciudad que envuelve su origen en una nebulosa de migraciones. Ciudad que evoca el refinamiento social de culturas milenarias, como su nombre. Ciudad madre que se agota dando vida. Ciudad que muere poblando y soñando en su grandeza, como el su hidalgo fundador. Ciudad que abandonada y pobre sigue siendo señora, como las reinas desposeídas de su trono. Ciudad virtud: ¡nuestra ciudad!

La primera y la segunda dificultad están resueltas: Antioquia tiene ya definido su cuerpo geográfico y constituye un Estado libre. ¡Mas cuán precarias sus condiciones aún! Su población apenas alcanza a los cien mil habitantes, con Santa Fe, Medellín, Marinilla y Rio-negro como centros de asociación urbana, muy débiles todavía, y un veintenar de aldeas que vegetan difícilmente en los repliegues cordilleranos. Sin más vías de comunicación que abruptos senderitos de cabras para transitar a pie o a lomo de paciente mula. La carga irá en el tardo buey y a espaldas de algún indio de Guarne o El Peñol. Los ríos no sosiegan sus aguas para recibir embarcación alguna, que son torrentes todos ellos, hasta el Cauca paterno: el Nare, el Nechí y el Porce, de que resulta ser empresa hazañosa salir al Magdalena navegable, comunicarse con Bogotá y el lejano mundo externo de la civilización. Al occidente, el Atrato corre entre una urdimbre de selvas, inaprovechable y remoto.

Industrias no las hay, como no sean las muy humildes que construyen la casa de tapia pisada y teja andaluza, los rudimentos de un mobiliario elemental apenas, media docena de oficios artesanos más, que el genio de la raza retiene por milagrosa tradición o inventa con dificultades casi inverosímiles, y algo de agricultura doméstica, por decirlo así, sobre todo en los cañamelares del llamado Cañón de Aburrá, que asiento dio y vida a la nueva reina joven. La economía sigue el esquivo azar del oro: bueno ciertamente porque le trae unos cuantos géneros, textiles sobre todo, de la lejana industria extranjera, de Jamaica, de Quito y Bogotá, por ejemplo, y un poco vincula, por libros y por viajes, la sociedad vernácula con otras sociedades, atizando, aunque así sea parcamente, el muy débil hogar de la cultura ideológica que heredó de sus mayores, ellos también someramente adoctrinados en estas disciplinas.

Que en tales condiciones conservara y sacara adelante, rica y jugosa el habla, enhiesta la religión de Cristo, severa y normativa la moral de los abuelos, y más aún, tenso el espíritu por un mandamiento instintivo de superación, es de todo punto de vista admirable y consumadamente digno de que aquí lo memoremos y exultemos ahora.

Mas ¿cómo seguir adelante, en aquel día de su emancipación, si la economía no daba fundamentos para empresas de libertad y creación autóctona?

Al lado del real de minas, los descampados y desmontes iban relevando la aridez del suelo agrícola. Derribado el bosque primitivo, surgía de la tierra fría de las altiplanicies el *fitofito* y el *hypéricum* o *belillo* inútiles; de helechal cubríanse las templadas laderas, de paja hirsuta la agria pendiente de las lomas, y el agresivo bérberis *uñadegato* iba ciñendo a veces negación y espinas las ardientes planadas inferiores. Para aquéllas no había llegado aún el trébol ni el pasto azul, para éstas estaba ausente todavía el micay y el yaraguá, para éstas desconocíanse el pará y la guinea. A fuerza de *calabozo* y *agüinche* conservábanse rastreras gramíneas e *insápido* espartillo con qué mantener en pie desmedrada vaquilla del ganado orejinegro, de este sufrido y noble ganado orejinegro que va por el mundo peregrinando con su también desheredado amo y señor, alimentándose de la lluvia y el sol y de una que otra hojilla de chusque, sin cuidarse poco ni mucho de *nuches*, garrapatas e intemperie, antes, como él, copiando ilusiones de porvenir y lejanías de ensueño en sus manos ojos dilatados y oscuros.

Y más no había: ni siquiera el borrico cargador y cazurro, ni la oveja humilde, ni la cabra de leche, ni el gordo pavo yucateco. Nada, si no es algún desmedrado caballejo, diminuto como de carrusel, algún cerdo, tan trompón y gruñón como enteco y flacucho, que vive de lo poco que sobra a sus dueños campesinos, y... media docena de gallinas, llamémoslas así, de genealogía dudosa, encargadas de suministrar una cesta de huevos para trocar en el mercado próximo por la sal, la panela y, a veces, algo de vestir.

Ni el café habíase aclimatado aquí aún, ni existía el tabaco exportable; quina, caucho y resinas del trópico no fueron nunca géneros de nuestra industria, y el poco cacao que produciase en las vegas aledañas de Antioquia vicióse de peste mortífera.

Las playas de arroyos y de ríos ibanse desnudando del noble mantillo vegetal para abrir su entraña a los buscadores de oro, convirtiendo así la virtud agrícola de su suelo en cascajales para siempre inútiles. Las mesetas mayores, de Rionegro, digamos, de Ovejas y Cuibá, sobre todo, más tenían de paisaje que de rendimiento industrial, y el pequeño valle del Cauca jericiano no estaba aún abierto a la ganadería que hoy le viste.

He ahí las débiles bases técnico-económicas con que este grupo racial nuestro se presentó al escenario de la emancipación colombiana.

Nada tenía, si no es su recia índole dominadora. Con ella había realizado los primeros grandes trabajos de poblamiento y definición geográfica, de preservación de las normas superiores del espíritu y de la emancipación política. ¿Cuál sería ahora su nueva jornada de creación? Si casi le era prohibitivo el vivir en aquellas soledad y penuria, ¿por qué no lanzarse a la redención económica y resolver así lo fundamental de la existencia?

Imposible todavía en aquel aislamiento suyo y aquella su carencia de industria exportable. Mas ello es, y de aquí surge la tercera gran jornada de Antioquia, que no quedóse inerte ante tantas nega-

ciones de la fortuna, sino que emprendió duro combate por el progreso material y la instrucción. El doctor José Félix de Restrepo y don José Manuel, don Juan del Corral, Francisco Antonio Zea, Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina Rodríguez, Juan de la Cruz Gómez Plata, Pedro Justo Berrío y Manuel Uribe Angel, son ahora los gonfaloneros de esta nueva jornada de superación. Pureza administrativa, impulso industrial y vías de comunicación; instrucción pública, ejemplo social y familiar, normas; iniciación de la literatura y de la ciencia, orgullo de ser y de servir, visión del más allá, dignidad y potencia; todo esto le enseñaron diciendo y practicando, por tal manera eficaz, que en menos de un siglo la raza domina el Magdalena con ruta de audacia ciclópea, coloniza el Quindío ubérrimo, avanza por el San Jorge y el Sinú, le ciñe el pescuezo a la cordillera de Abibe para enseñorearse del golpo de Urabá y sus afluentes.

Y así, por donde el conquistador ibero llegó a ella en busca de tesoros, ella sale en busca de nueva sustentación, las tres rutas repitiendo en nueva hazaña y triunfos nuevos.

Ya entonces alcanza a un millón de ciudadanos. Ya tiene glorias que ofrecer al mundo en sus literatos y gobernadores, en sus industriales y técnicos. Ya es un pueblo que abrió historia en el concierto universal. Sus gramáticos, ensayistas, novelistas y poetas, crearon un género vernáculo, sabrosamente peculiar, que en el hogar de Colombia, y aún allende el océano, triunfa con quilates de prestigio. Nombres suyos ennoblecen la democracia de América y sabios suyos decoran la ciencia nacional.

Esta la otra gran jornada de la estirpe: su progreso.

Queda otra aún: la sociedad en que vive. Porque no es poco el haber salido del breñal minero y del montesino pegujal a la cortezanía de los salones palacianos sin más transición a veces que un recorte de interjecciones y un retoque de sastrería, ya que en medio de su tosquedad visible el antioqueño tiene alteza de corazón y bondadoso instinto, tiene gracia para decir los trucos de su inquieta fantasía y sabe quebrar el rudo acento de su voz en inflexiones de ternura asordinaada y vehemente.

Herencia del señorío materno: sin propósito de halagar a la mujer antioqueña, es no obstante, ineludible encomiar históricamente su prodigiosa actuación en el climático devenir de este pueblo. Ya de su nativa precursora fue dicho antes: "Honestísimas todas las mujeres, gallardas y de bellos pareceres", en impecable síntesis que letra a letra se puede aplicar a la que le sucedió en el espacio suyo y en el tiempo.

La misma esposa del mariscal fundador, doña María de Carvajal, de los condales señoríos de Ubeda, hubiera dado a Shakespeare jugosa inspiración para un drama ilustre. Si es que abruma y pasma aquella bizzarria de su femenil coraje cuando afronta, aún delicada, bella y joven, la mortífera inclemencia de esta zona tropical selvática; la sensatez y dulcedumbre con que en Cartagena del Caribe previene contra peligrós y amonesta hábilmente a su esposo en su

temeraria imprevisión de asumir riesgos heroicos, talvez inútiles; la implacable cólera de su corazón, transido luégo de venganza; la tenacidad victoriosa de su reto; la marmórea fidelidad de su amor y el trágico síno de su suerte.

Doña Juana de Taborda, donadora de templos, litigante y munífica a la vez; doña Juana de Loaiza, doña María de Centeno, doña Ana de Roldán, doña Tomasa Méndez, capitanas de su propio destino y triunfadoras en él cuando el azar les impuso asumir el comando de difíciles empresas industriales, en los trágicos albores de la colonización y el poblamiento, desde entonces presagiando la entereza muda con que la mujer antioqueña toma consigo la arduidad adversa de la vida, en cuanto ella ocurre.

Visión desinteresada también la suya, y ya no de sus propios menesteres, cuando levantándose sobre el ara de la humanidad y de la patria, doña Javiera Londoño liberta sus esclavos y doña Simona Duque alecciona para héroes a sus hijos y todos cinco da, aunque sola se quede, Niobe erguida.

Voz arrogante de Mercedes Córdoba ante el fachendoso asesino de su esposo y de su hermano, intrépida tozudez libertadora de Enriqueta Vásquez de Ospina, infatigable catequesis de la madre Laura, cotidiano valor ignoto de todas ellas en la hora de la dignidad y el sufrimiento.

Y fue así como la mujer antioqueña ha venido creando una sociedad, la más noble jornada de la estirpe.

Esbelto el talle, parlera y cantarina la voz, los ojos andaluces, romántica en sus sueños y sajona en sus empresas, llamóse antes con todos los dulces nombres de Israel: Eva, Sara y María; Débora y Judit; Susana y Magdalena; Lía, Ester, Raquel y Marta. . . . tomados no de una *retrospección* de abolenos sino de la bíblica fuente de su religiosidad, que en el silencio de las edades fue por mucho tiempo la única lumbre idealizadora de su espíritu. Hoy se llama de muy diversos modos, esclavos unos, germanos otros, sajones estos, o algunos lindamente hispanos, como Olga, Elsa, Maud, Guiomar y Varinka, qué sé yo, siempre enmarcando en un ensueño la esperanza del destino, cual suele teñir de luz con su canto y su sonrisa el tedio del hogar en sombras.

En otra época cumplió su misión de gigantescos sacrificios cuando, ruda la vida colonial e inicial de la república, pobres los hogares, solitarios los hombres, gestaba un hijo, lactaba otro, cuidaba diez más que, pequenuelos aún, revoloteaban locamente por la casa, cocinaba y tejía, vigilaba los animales domésticos, rezaba con feliz memoria interminables oraciones, cumplía con la Iglesia, visitaba amigas y parientas, envalentonaba a su esposo, bendecía a Dios y aún le sobraba tiempo para trenzar coquetamente sus ondulados cabellos abundantes, hasta morir en dulce vejez, narrando cuentos de tradición y plácidas leyendas a un corro de nietezuelos carisucios y alelados.

Es la misma que, ya robustecido su pueblo, y asomado ya a la vorágine de la civilización, como le viese un día bajo el agobio de

una situación económica adversamente dura, echóse a la calle e inició en Colombia el trabajo de la mujer en oficinas y comercio, en industrias y negocios de toda índole, probando así, triunfalmente, que si abnegada y sumisa era en el hogar, ganadora hábil también lo es del sueldo necesario para el propio decoro y el mantenimiento de los suyos.

La misma, en fin, que contrarrestando inveteradas opiniones escépticas, inició en Colombia la poesía de la mujer, no ya con el arrobo místico, geográficamente indeterminado, de la ilustre monja Del Castillo, pero en un canto a la naturaleza ambiente, tan elocuente y noblemente estructurado, que nadie creyó en esa hora que fuese de Agripina Montes sino del egregio Pombo, príncipe magno entre nosotros y en América de la inspiración y el saber.

He ahí cómo se formaron la entidad geográfica, la sociedad culta y la eminente espiritualidad de nuestro pueblo. Visto ahora, ya es un robusto conglomerado de dos millones de habitantes en casa, contando antioqueños y caldenses, y de medio millón más que divaga por el mundo. Contra el suelo árido reaccionó creando industrias de transformación que le han enriquecido. Contra el aislamiento de sus empinadas cordilleras reaccionó abriendo amplios caminos, numerosos y audaces. Contra la lejanía de los centros normativos de la ciencia fundó universidades que ya la enorgullecen. Y afrontó la cuestión social, la administración pública, el cultivo técnico de la tierra, la ampliación y embellecimiento de pueblos y ciudades, con una tenacidad y un fervor que en mucha parte formaron escuela para todo el país colombiano.

No es posible señalar los gerentes de esta última jornada industrial y cultural, porque muchos son y de ellos muchos también viven todavía, mas ¿cómo dejar de mencionar siquiera a algunos de estos continuadores de Tyrrell Moore, el viejo zapador inglés de nuestra industria, y no escribir el nombre de dos extranjeros más, fecundos iniciadores asimismo, Francisco J. Cisneros y Eugenio Lutz, al lado de José María Villa, Francisco Montoya Zapata, Gabriel Echeverri, Alejandro López, Emilio Restrepo Callejas, Alejandro Echevarría, Gonzalo Mejía y Ricardo Olano, v. gr., o de profesores de la talla de José Ignacio y José María Escobar; Andrés Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe; Fernando Vélez, Antonio José Cadavid y Antonio José Uribe; Emiliano Isaza y Fabriciano Botero; Juan B. Montoya y Flórez y Tulio Ospina; Juan de la Cruz Posada, Félix Restrepo (S. J.), Cayetano Betancur, Emilio Robledo y Jorge Rodríguez, por ejemplo? O en el dilatado ambiente de las letras patrias, ¿cómo no enunciar siquiera los enhiestos nombres de Marco Fidel Suárez, Epifanio Mejía, Gregorio Gutiérrez González, Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba-Jacob, Efe Gómez, Eduardo Zuleta, Fernando González, Antonio José Restrepo, Juan de Dios Uribe, Baldomero Sanín Cano, Maximiliano Grillo, Laureano García Ortiz, Abel Farina, León de Greiff. . . . (algunos egregios, renombrados otros); ni cómo detenerse en esta premurosa remembranza ante doctrinadores de la grey, del

encumbrado mérito de Fidel Cano, Rafael Uribe, Carlos E. Restrepo, Tomás O. Eastman, y otros más, que alargarían imprudentemente mi discurso?

Empero, un personaje existe que reclama imperativamente aquí su puesto, un raro personaje silencioso que llama a mi memoria con realizaciones insignes en la preparación del pueblo antioqueño para la civilización espiritual y la industria, para el comercio y los oficios manuales: el ferrocarril de Antioquia, callado maestro de maestros y de... multitudes.

\*  
\* \* \*

Mas todo esto tiene poca importancia delante del problema histórico fundamental de un pueblo: la mera existencia vegetativa que conduce a sociedad, ciencias, oficios y gobierno, es un asunto mediocre en sí; la contemplación emocionadamente admirativa del mundo y del espíritu que engendra el arte y en parte la religión, algo más es, pero aún insuficiente; la actitud y la actuación interpretativas de la existencia y de la esencia de los seres y la vida, filosofía, ciencias del espíritu, religión conceptual, etc., es lo que coloca a un pueblo en un centro de interés universal histórico, y lo que básicamente justifica su presencia en el mundo.

De ahí que pueda afirmarse paladinamente que la obra suprema de un pueblo es ese mismo pueblo en sí. En nuestras grandes jornadas de nacimiento y crecimiento, que he trazado al definir la génesis de su incorporación geográfica, de su sociedad y proceso de mezclas, de su espiritualidad, en fin, hasta poder contemplarle en su actual momento, comparando este derrotero existencial suyo con los tres escalones de superación que acabo de presuponer como elementos indeclinables de la madurez histórica de un pueblo en general, vemos que aún nos falta el tercero y más decisivo.

Ello es, sin embargo, que de lo ya adquirido podemos deducir la alegre certidumbre de que muy pronto nuestra gente coronará aquella difícil etapa de su destino y dará al mundo la obra de pensamiento que históricamente la defina y dignifique, asociada al haber más amplio de la que ha de engendrar Colombia, nuestra nobilísima madre común.

Esta antelación del anhelo y este cordial orgullo del pasado dio ya un fruto de arte en el himno antioqueño de Epifanio Mejía, cuya alma y obra, y aún hasta el apellido de reminiscencia hebreaica (Mejía es Mesías etimológicamente), recuerdan la égloga bonancible de Rut y de Booz; este himno que Antioquia ha adoptado como insignia feliz de su índole, merece una nueva interpretación musical, que lo deje en la augusta sencillez de las dos estrofas fundamentales y tome para el coro dos versos apenas, asordinadamente acompañados, contra todo lo usual en tal materia, por un leve murmullo de tambores, por que así estallen como una actitud de decisión recóndita y no cual un altisonante reto vanidoso:

## I

¡Oh libertad que perfumas  
 las montañas de mi tierra,  
 deja que aspiren mis hijos  
 tus olorosas esencias!

(Y ¡ay del que espere el empuje  
 de nuestras lanzas revueltas!).

## II

Yo que nací altivo y libre  
 sobre una sierra antioqueña,  
 el hierro llevo en las manos  
 porque en el cuello me pesa.

(Y ¡ay del que espere el empuje  
 de nuestras lanzas revueltas!).

Como la Antioquia del Orontes, la Antioquia del Tonusco durmióse lánguidamente en el regazo de los siglos. Las palmeras de Siria y las palmas de América abanicen el sueño de la una y de la otra y en el crepúsculo dorado de sus cielos parecen velar, susurrando levemente, la blancura desierta de sus plazas y calles. Cuando en la noche lunar algún retrasado morador cruza al frente de sus templos y casas solariegas, parece una sombra del pasado que rubricase la esfinge del silencio.

Quieren los hombres de la afanosa civilización contemporánea que el misterio no exista, y negaron ya la verosimilitud del milagro espiritual, del hechizo y de la magia, sin ver que ante sus ojos uno y otra cotidianamente ocurren. En la perspectiva de las edades cósmicas la vida del hombre surge y pasa como un parpadeo luminoso del enigma, y son, así en escorzo contempladas las acciones de las sociedades y los pueblos, mágica creación que repentinamente brota del caos al conjuro de una voluntad o de un anhelo.

Así la visión historial de Antioquia: como al golpe de mágica varilla levantóse de entre la selva virgen la ciudad de los conquistadores; trocóse la raza íncola de errático vivir humilde en arrogante progenie de civilidad y de abolengos; a una sola palabra, tal la voz augur de los demiurgos, arboreció la libertad y la emancipación fue; a una sola palabra también, resquebrajéronse las cadenas y cerros de la esclavitud y hubo una redención de espíritus; extendióse el brazo de un pueblo conjurando la agresiva cerrazón de montes y cañadas, y estrellóse la tierra de aldeas y ciudades, de alquerías y templos; clavó la raza su mirada inquisitiva en la inmensidad, y poblóse de cantos y de músicas el hogar de sus hijos.

Yo he recorrido la ciudad bajo el nacarado fulgor del plenilunio y he oído repercutir mis pasos en la muda oquedad de sus plazuelas; yo he pasado cabe la torre de la catedral que un hombre solo elevó



al culto milenario de su fe, y he visto proyectarse en las amplias aceras de ladrillo rojo o sobre el menudo empedrado antiguo de la calle, que el abrojo tenaz finamente taracea en sus junturas, la recta sombra de los aleros que emergen del tejado curvo y ya musgoso de sus añejos caserones patriarcales. Y marchando a solas desde el atrio de la iglesia de Jesús Nazareno hacia el oriente, cuya noble espadaña escudan dos palmeras de graciosa esbeltez, hasta la romántica glorieta de calicanto donde termina la ciudad por el poniente, ya empiñándose sobre la enhiesta serranía, he sentido como si ella toda durmiese un sueño de encantamiento bajo el hálito ardiente de su trópico, cariciosamente abanicada por el aroma ondulante de sus frondosos mangos y tamarindos, de sus niveos azahares y astromelios y sus escarlatas buganvilias.

Dormida en su sueño de siglos, mas no muerta: millones de seres libres y pensantes miran a ella en horas de memoración y bendicen su destino. Sentada sultanescamente a la orilla occidental del Cauca medio, es la noble abuela de una raza, a quien hoy rinden tributo de filiación ochenta ciudades de su sangre y de su espíritu.

Cumplió su misión y es grande. ¡Que los manes del mariscal Robledo aún nos la tutelen luengos siglos!